

Patrick Iber

Cómo se desmoronan las democracias. Una entrevista con Adam Przeworski.

Dissent Magazine, Otoño de 2025.



Soldados custodian a prisioneros en el Estadio Nacional de Chile tras el golpe de Estado de 1973.
(Marcelo Montecino/Getty Images).

El politólogo Adam Przeworski, nacido en Polonia y ahora profesor emérito de la Universidad de Nueva York, es uno de los pensadores más influyentes sobre la democracia del siglo pasado. Es autor de numerosos libros, entre ellos *Capitalism and Social Democracy*, *Paper Stones: A History of Electoral Socialism* (con John D. Sprague), *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America* y *Crisis of Democracy*. En febrero, comenzó a publicar un [diario público en Substack](#) para registrar sus reacciones a los acontecimientos diarios. A lo largo de una serie de correos electrónicos este julio, Adam y yo hablamos de su vida y carrera, de cómo la ciencia política puede y no puede ayudarnos a comprender las transformaciones históricas a medida que ocurren, y de los peligros y las oportunidades de nuestro momento.

Patrick Iber: A lo largo de su carrera ha estudiado cómo las democracias se desintegran y se reconstruyen. Clásicamente, estos eventos ocurren en secuencia: primero un golpe de Estado, luego una dictadura, luego una restauración democrática. Pero al leer sus reacciones diarias a lo que sucede en

Estados Unidos, la situación actual no parece tan clara. ¿Qué dificultad encierra lo que sucede hoy en los marcos utilizados para estudiar los fracasos democráticos anteriores?

Adam Przeworski: Hasta hace unos veinticinco años, las rupturas de los regímenes democráticos eran eventos puntuales a los que se les podían asignar fechas específicas. La República de Weimar cayó cuando Hitler asumió el poder dictatorial el 23 de marzo de 1933; la democracia chilena fue derrocada por un golpe militar el 11 de septiembre de 1973. La frecuencia de estos eventos ha disminuido drásticamente en el siglo XXI. Hemos presenciado cómo varios gobiernos mantienen las apariencias de la democracia, al tiempo que adoptan medidas graduales para garantizar su permanencia en el poder y eliminar las barreras institucionales a la discreción del ejecutivo. El término común para estas medidas es retroceso, o en ocasiones desconsolidación, erosión o retroceso. A medida que este proceso avanza, la oposición se vuelve incapaz de ganar elecciones o de asumir el cargo si gana, las instituciones establecidas pierden la capacidad de contener al ejecutivo y la protesta popular es reprimida por la fuerza.

Este fenómeno sorprendió a los politólogos. Muchos pensábamos que si un gobierno violaba ostentadamente la constitución o traspasaba otra línea roja, la ciudadanía se coordinaría contra él y, anticipándose a esta reacción, el gobierno no cometería tal violación. Otros politólogos argumentaban que lo mismo ocurriría si un gobierno se negara a celebrar elecciones o cometiera un fraude electoral flagrante. Una combinación de separación de poderes y reacción popular haría que las instituciones democráticas fueran inexpugnables al "espíritu de poder invasor", en palabras de James Madison; es decir, el deseo de los políticos de un poder duradero e ilimitado. Eso era lo que pensábamos.

Sin embargo, ya hemos visto varios ejemplos de jefes ejecutivos que monopolizan con éxito el poder y eliminan todos los obstáculos institucionales para su ejercicio: Recep Tayyip Erdoğan en Turquía, Viktor Orbán en Hungría, Narendra Modi en India, Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela. En todos estos casos, el gobierno goza de suficiente apoyo popular como para ganar elecciones consecutivas mediante el acoso a la oposición, el debilitamiento de las organizaciones de la sociedad civil y el control de los medios de comunicación sin fraude flagrante (quizás con la excepción de Maduro). Durante su mandato, estos gobiernos controlan las legislaturas, atiborran o ignoran los tribunales y hacen lo que les place, en parte respondiendo a los intereses y pasiones de sus bases políticas.

Iber: Se le conoce por su definición minimalista de democracia: la democracia es un sistema en el que los partidos pierden elecciones. Quizás parte del problema ahora reside en que no sabemos si aún vivimos en un sistema así,

dado que Trump se negó a aceptar su derrota anterior, y no sabemos cómo él y sus funcionarios responderían a una derrota en el futuro.

Przeworski: No sabemos si Trump organizará unas elecciones intermedias que los republicanos podrían perder, si los republicanos perderían si esas elecciones fueran limpias, si Trump aceptaría una derrota o cuáles serían las consecuencias si los demócratas ganaran. Trump se comporta como si estuviera seguro de ganar o como si no le importaran las consecuencias electorales de sus políticas. Los líderes demócratas parecen creer que la economía se desplomará, que la opinión pública se volverá contra Trump y que ganarán al menos la Cámara de Representantes sin hacer nada. Alguien debe estar equivocado.

Quizás las consecuencias económicas de las políticas de Trump sean tan desastrosas que los republicanos sufran una derrota rotunda en 2026. Aun así, me temo que Trump prevalecerá en 2026, ya sea porque su base electoral se mantendrá sólida, por la represión y el fraude, o por ambas razones. Si los republicanos mantienen el control de ambas cámaras del Congreso, Trump tendrá libertad para hacer lo que quiera, sin límites a su poder dictatorial.

El proyecto de ley presupuestaria aprobado este verano privará a millones de personas de asistencia sanitaria y subsidios alimentarios. Se estima que el 34 % de los estadounidenses se verán afectados negativamente por estos recortes. La pregunta obvia es quiénes son. Si se trata predominantemente de personas que no votaron o no votarán, o de personas que votaron por los demócratas en 2024, el efecto electoral podría ser insignificante. Además, incluso si los efectos económicos generales fueran negativos, Trump alegará que son solo temporales y que están causados por enemigos externos. Finalmente, si bien las protestas contra las políticas de Trump son masivas, necesitan afirmar una visión alternativa del futuro para tener consecuencias electorales. Los demócratas han sido visiblemente incapaces de ofrecer una alternativa. Lo único que puedo concluir es que simplemente no sabemos qué sucederá en los próximos dieciocho meses.

Iber: En un artículo de 1996, "¿Qué hace que las democracias perduren?", usted y sus coautores identificaron varias variables que influyen en la probabilidad de que un país que es una democracia un año siga siéndolo al año siguiente. Recientemente, realizaron un cálculo basado en estas variables y determinaron que la probabilidad de un colapso en Estados Unidos es prácticamente nula: una regresión predijo que ocurriría una vez cada 2,6 millones de años, otra una vez cada 263 años. ¿Necesitamos nuevos modelos o simplemente estamos viviendo eventos con muy baja probabilidad?

Przeworski: Trump obtuvo la mayoría de los votos en unas elecciones justas. Su apoyo popular, aunque minoritario, parece tener una base sólida. Nada de lo que ha hecho hasta ahora descalifica al actual régimen político de Estados Unidos como democracia. Al mismo tiempo, muchas de sus políticas, algunas

apenas anunciadas, pero varias ya implementadas, violan las leyes vigentes. Es más, el gobierno sigue adelante con algunas de estas políticas incluso después de haber sido temporalmente suspendidas por los tribunales.

Independientemente de las categorías que apliquemos al régimen de Trump, su negativa a admitir la derrota en 2020 fue históricamente inédita. Todas las lecciones históricas extraídas de estudios estadísticos como el que usted mencionó predicen que un evento así no debería ocurrir en un país tan rico como Estados Unidos y con una tradición tan larga de transferencia pacífica del poder mediante elecciones. ¿Debemos tratarlo como un evento único que puede ignorarse, o debemos concluir que la historia ya no es una guía fiable? Quizás nuestra comprensión del pasado esté determinada por circunstancias que desconocíamos. Quizás las condiciones en Estados Unidos en 2020 se combinaron de una manera históricamente inédita. Quizás hemos sido demasiado confiados. Las anomalías desbaratan las creencias establecidas, y creo que en el desbaratamiento estamos.

Iber: Retrocedamos un momento. El hilo conductor de su carrera ha sido el estudio de las relaciones entre capitalismo, socialismo y democracia. ¿Qué la llevó a Chile al principio de su carrera y qué aprendió allí? ¿Cómo se sintió, tanto como persona como, quizás por separado, como politóloga?

Przeworski: Llegué a Chile en el otoño de 1968. Había salido de Polonia un año antes y no pude regresar debido a la enorme ola de represión de marzo de 1968; lo más probable es que hubiera acabado en la cárcel. Pero me negaron la visa para permanecer en Estados Unidos, donde había sido profesor visitante, así que no tenía país, ni trabajo, ni dinero.

Rápidamente me enamoré de Chile y me sentí como en casa en su cultura. La vida allí no era muy diferente a la de mi país natal. La pasión por el fútbol era universal, así que era un tema que podía discutir con personas de todas las clases sociales. Me quedé en Chile cuatro meses y luego regresé a Estados Unidos. Pero Chile me atraía. Recibí una beca del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales y regresé a Chile el 5 de septiembre de 1970, el día después de la elección de Salvador Allende.

La gente en las calles coreaba eufóricamente: «El pueblo unido jamás será vencido». O bien esta generalización inductiva es falsa, o bien el pueblo distaba mucho de estar unido. El presidente Allende fue elegido por una pequeña mayoría como candidato de una coalición de fuerzas divergentes y beligerantes. Apuñalado por la espalda por un partido que se presentaba como centrista, la Democracia Cristiana, Allende pronto perdió el control de su propia coalición, algunos de los cuales alucinaban con la idea de llevar a cabo una revolución socialista. Henry Kissinger proclamó que Allende fue elegido debido a la irresponsabilidad del pueblo chileno —tal era su comprensión de la democracia— y el gobierno estadounidense decidió restaurar la responsabilidad

por la fuerza. Cuando se desató la fuerza, el 11 de septiembre de 1973, fue feroz. Los acontecimientos chilenos de 1970-73 transformaron mi agenda intelectual para el resto de mi vida.

La principal cuestión que estos acontecimientos me plantearon fue la tensión entre la democracia y el capitalismo. En 1886, Hjalmar Branting, líder de los socialdemócratas suecos, se preguntaba si «la clase alta respetaría la voluntad popular incluso si exigiera la abolición de sus privilegios». Un líder socialdemócrata alemán, August Bebel, argumentó en 1905 que la revolución podría ser necesaria «como medida puramente defensiva, diseñada para salvaguardar el ejercicio del poder legítimamente adquirido mediante el voto». Allende carecía de un mandato popular para realizar transformaciones sociales y económicas de gran alcance; su coalición nunca tuvo mayoría en la legislatura. Ganó según las reglas e intentó gobernar según las reglas, pero las fuerzas que lo respaldaban lo impulsaron a ir más allá de su mandato. La clase alta, cuyos privilegios se veían amenazados, recurrió al ejército en busca de ayuda, y este, no sin vacilación, estuvo dispuesto a ayudar.

La debacle chilena transformó a la izquierda internacional. Hasta el golpe, muchos en sus filas habían oscilado entre la búsqueda del socialismo y el respeto a la democracia. La tragedia chilena obligó a tomar una decisión, similar a la que afrontaron los socialdemócratas en el período de entreguerras: ¿socialismo o democracia primero? La respuesta más clara surgió de los debates dentro del Partido Comunista Italiano, y fue decididamente a favor de la democracia. La experiencia chilena había sugerido que impulsar el programa socialista con demasiada vehemencia, sin suficiente apoyo popular, conduciría a la tragedia.

Abordé el tema históricamente, centrándome en las opciones que los movimientos por el socialismo han enfrentado en las sociedades capitalistas democráticas. Aprendí que estas opciones han sido tres: primero, buscar el avance del socialismo organizándose dentro de las instituciones existentes o reemplazándolas; segundo, buscar el agente de la transformación socialista exclusivamente en la clase trabajadora o apoyarse en un apoyo multclasista o incluso no clasista; y tercero, buscar reformas y mejoras parciales o dedicar todos los esfuerzos a la abolición del capitalismo.

Las instituciones existentes eran empresas privadas en el ámbito económico y la democracia en el político. Los primeros pensadores socialistas habían propuesto un programa para reemplazar las empresas privadas por "asociaciones de productores", un sistema de cooperativas de trabajadores organizado a escala nacional. Sin embargo, esta forma de pensar perdió popularidad tras la crítica de Marx de que no era viable a menos que la clase trabajadora obtuviera primero el poder político. La pregunta que atormentaba a los líderes de los primeros partidos socialistas era si el poder político podía

alcanzarse por la vía electoral o solo por la fuerza. El rápido aumento del voto electoral de los socialistas a finales de siglo infundió en los líderes socialistas la esperanza de que el socialismo pudiera alcanzarse en las urnas: las papeletas debían reemplazar a las barricadas (en el título de mi libro, coescrito con John Sprague, se convirtieron en "piedras de papel").

Una vez que los partidos socialistas entraron en las contiendas electorales, la cuestión se centró en cómo obtener mayorías electorales que marcaran el comienzo del socialismo. Según Marx, los trabajadores se convertirían en mayoría en las sociedades capitalistas, y dado que los trabajadores votarían por el socialismo, la victoria electoral era inexorable. Sin embargo, a finales del siglo XIX, algunos líderes socialdemócratas alemanes comenzaron a dudar de si confiar únicamente en los trabajadores sería suficiente y abogaron por extender el atractivo socialista a la pequeña burguesía, los campesinos y los empleados administrativos. El dilema al que se enfrentaban era que ampliar el atractivo a otras clases disminuía la identificación de los trabajadores con los partidos socialistas. Aun así, el apoyo electoral a estos partidos creció lo suficiente como para que formaran parte de coaliciones de gobierno e incluso pudieran gobernar en solitario en varios países.

Fue entonces cuando la tercera disyuntiva se volvió apremiante: ¿cómo debían los partidos que consideraban la abolición del capitalismo su objetivo final gestionar las sociedades capitalistas cuando estaban en el poder? ¿Debían optar por una transición inmediata al socialismo, con la nacionalización masiva de los medios de producción, o debían adoptar medidas graduales destinadas a mejorar las condiciones de la clase trabajadora bajo el capitalismo? ¿Cómo debían afrontar la resistencia de la burguesía: por la fuerza o mediante reformas graduales destinadas a aumentar el apoyo electoral al socialismo? ¿Debían los socialistas estar dispuestos a perder las elecciones, bloqueando así el camino hacia el socialismo? Ante estas disyuntivas, los socialdemócratas optaron por el reformismo: una estrategia que consistía en implementar únicamente aquellas medidas que contaran con el apoyo electoral de las mayorías actuales y en respetar y defender las normas democráticas.

Iber: En la primera línea de *Paper Stones*, usted escribió: "Ningún partido político ha obtenido jamás una mayoría electoral con un programa que ofrezca una transformación socialista de la sociedad". Eso me impactó como un rayo cuando lo leí por primera vez hace décadas. Allende obtuvo una pluralidad, no una mayoría. Otros candidatos en otros lugares han obtenido mayorías como socialistas, pero no prometiendo una transformación socialista. Si bien Marx creía que los trabajadores se convertirían en mayoría en las sociedades capitalistas e inevitablemente votarían por el socialismo, esto no se ha confirmado. En nuestra época, la base de apoyo de clase para la izquierda está cambiando: la "izquierda brahmán" es un fenómeno real, y muchos votantes de clase trabajadora se sienten atraídos por la derecha populista. Sin embargo,

ningún gobierno ha sido capaz de ofrecer un mejor nivel de vida que las socialdemocracias. Esto puede resultar desconcertante. ¿Cómo lo explica?

Przeworski: Muchos movimientos socialistas llegaron a creer que la revolución se lograría mediante una acumulación de reformas irreversibles, todas ellas respetando las normas democráticas. La genialidad del reformismo residía en que apelar a los deseos más inmediatos de las mayorías actuales y ponerlos en práctica constituía pasos hacia la consecución de objetivos a largo plazo. Esta estrategia tuvo un éxito rotundo durante mucho tiempo. Mejoras en las condiciones laborales, reducción de la desigualdad salarial, mayor acceso a la educación y la salud, un mínimo de seguridad material para la mayoría de la gente: la lista de logros socialdemócratas es larga.

Sin embargo, los límites del proyecto de permitir que los mercados asignaran recursos y distribuyeran ingresos, gravar estos ingresos y brindar servicios sociales se hicieron evidentes en la década de 1970. Se hicieron intentos de transformación (cogestión obrera, fondos obreros, planificación económica, por no hablar de nacionalizaciones) y a menudo fracasaron. Los socialdemócratas adoptaron la verborrea neoliberal de compensaciones entre igualdad y eficiencia, igualdad y crecimiento. Pasaron de la revolución a la reforma para enfrentar los problemas a medida que aparecían. La década de 1970 puede haber sido la última vez en que los socialdemócratas mantuvieron una perspectiva transformadora mientras enfrentaban una crisis inmediata. La desaparición en la izquierda política de cualquier visión de la sociedad que trascienda la perspectiva de las próximas elecciones centra la competencia política en enfrentar los problemas inmediatos. Cuando los programas de los partidos se vuelven puramente reactivos, ya no están guiados por un proyecto a largo plazo formulado en términos de clase, las bases sociales de los diferentes partidos se vuelven fluidas.

Iber: Como politólogo polaco y testigo de la caída de Chile, usted ha vivido el fin tanto de una democracia consolidada como de un sistema comunista consolidado. Fueron procesos muy diferentes: la democracia chilena terminó con un fusil en la mano, mientras que la caída del comunismo en Europa del Este fue mayoritariamente pacífica (y coincidió con la caída de la dictadura anticomunista de Pinochet en las urnas). ¿La situación actual en Estados Unidos se asemeja más a uno u otro caso?

Przeworski: En retrospectiva, pretendemos comprender por qué la historia tomó un rumbo determinado. Dedicué buena parte de mi vida académica a explicar patrones históricos que creía comprender. Sin embargo, tras leer varias memorias del período 1930-1938 en Alemania, me sorprendió que nadie, desde políticos eminentes hasta amas de casa comunes, predijera lo que finalmente sucedería. Incluso en Chile, donde a finales de la primavera de 1973 todos sabían que un golpe de Estado era inminente, nadie esperaba que fuera tan

sangriento ni que la dictadura durara dieciséis años. Una predicción común era que los militares depondrían a Allende, lo enviarían a Cuba, convocarían nuevas elecciones, que Eduardo Frei [demócrata cristiano] ganaría fácilmente, y punto. Predecir el destino del comunismo fue un fracaso aún mayor: Samuel Huntington, quien se convirtió en el gurú de la "tercera ola" de transiciones a la democracia, publicó un artículo en 1984 en el que declaraba que la caída del comunismo en Europa del Este era imposible. Juan Linz escribió lo mismo en 1989 y tuvo la desgracia de que su artículo se publicara un año después.

En todas estas situaciones —el comunismo, la Alemania de Weimar, el Chile de Allende— carecíamos de una teoría fiable. Carecíamos de ciencia que generara predicciones válidas o atribuyera probabilidades a los posibles derroteros de la historia. Necesitamos teoría: proposiciones lógicamente interconectadas que digan «si esto y aquello, entonces esto», siendo este último «esto» observable. Sin teoría, solo podemos basarnos en conjeturas, intuiciones o suposiciones. El hecho brutal de que nos resulte tan difícil predecir lo que sucederá en nuestras circunstancias actuales demuestra que no tenemos teorías fiables.

La pregunta que se cierne sobre Estados Unidos es: "¿Cómo puede acabar todo esto?". Una posibilidad es clara: los demócratas ganan las elecciones presidenciales y legislativas de 2028, dismantelan los aparatos represivos, restablecen los programas y servicios sociales esenciales, y volveremos a la normalidad. Otra posibilidad es clara: los republicanos ganan las elecciones intermedias de 2026 y las de 2028, e instauran un régimen oligárquico y represivo por tiempo indefinido.

Todos los demás resultados serían más dramáticos y sin precedentes en la historia del país. Uno de ellos es que los republicanos no acepten una derrota, ni en las elecciones intermedias ni en 2028, ni generen un evento como el incendio del Reichstag, que usarían como pretexto para declarar el estado de emergencia e intentar imponer su poder por la fuerza. También es posible que la popularidad de Trump caiga a niveles muy bajos, que las protestas callejeras atraigan a decenas de millones de personas y que los republicanos, liberados de su control, busquen algún tipo de acuerdo. Hay demasiadas contingencias y, hasta que se resuelva cierta incertidumbre —probablemente para las elecciones intermedias—, no sé qué esperar.

Iber: Permítanme mantener la pregunta final lo más simple posible: ¿qué se debe hacer?

Przeworski: Responder a esta pregunta requiere un grado de optimismo que no puedo alcanzar. Soy Gramsciano, pues creo que, para que una ideología se vuelva hegemónica, debe ofrecer una visión de futuro donde los intereses de quienes gobiernan coincidan con los de todos los demás. MAGA no la ofrece. Es difícil identificar el plan ideológico de la revolución de Trump más allá de la reducción del Estado. Sin embargo, la oposición a MAGA tampoco ofrece una

alternativa. El establishment demócrata apuesta claramente a que los republicanos les ofrecerán una victoria electoral mientras asisten a las bodas de multimillonarios. La única visión para el Partido Demócrata proviene de su ala izquierda, que es duramente censurada por la corriente dominante. Es posible que el liderazgo demócrata tenga razón al pensar que la mejor estrategia es no hacer nada y esperar a que MAGA fracase. Pero esta, al igual que MAGA, es una ideología que "regresa", una ideología que busca "restaurar" la democracia en lugar de transformar las condiciones que generaron el desastre actual. Para restaurar la democracia, necesita ser reformada. Éste es el proyecto que necesitamos.

Adam Przeworski es profesor emérito de Ciencias Políticas de la Cátedra Carroll y Milton en la Universidad de Nueva York. Es autor de numerosos libros, entre ellos "*Capitalismo y socialdemocracia*" y "*Crisis de la democracia*".

Patrick Iber es coeditor de *Dissent*.